

la conversación se nombraba el Santísimo Sacramento; y uno de sus más dulces placeres era oír á los predicadores exaltar este inefable misterio. No contenta con adornar los tabernáculos con flores naturales que cultivaba en su jardín, las hacía artificiales de una belleza notable y consagraba á esta ocupación una parte de la noche, reservándose el día para trabajar para su familia, que no tenía gran fortuna.

La feliz esposa del Corazón de Jesús dejó la tierra para recibir la corona de las vírgenes el año de 1617.

JULIO.

El Corazón de Jesús afligido á causa de los escándalos del mundo.

Una de las principales fuentes de la aflicción del Corazón de Jesús en el Huerto de Gethsemaní, fue la previsión de los escándalos que no cesarían de arrancarle almas hasta

el fin del mundo. Lo comprenderéis sin trabajo, amado lector, si consideráis cuán querida le es el alma, creada á su imagen y semejanza.

Las otras criaturas, las ha creado por un *fiat*, un signo de su voluntad; pero el alma es *como emanada de su soplo divino.*¹⁾ Á esta alma *la ha amado desde la eternidad,*²⁾ y la ha destinado á reinar en el cielo y á participar de su gloria divina. Yo mismo, dice Dios al alma pidiéndole su amor, *yo mismo seré tu recompensa infinitamente grande.*³⁾

Pero nada prueba mejor cuánto estima el Corazón de Jesús á un alma, que lo que ha hecho por rescatarla, por sacarla del abismo de perdición en que la había precipitado el pecado. Las cosas, en efecto, son estimadas por el precio que un hombre sabio quiere darles. Si Jesucristo ha vertido su sangre por las almas, debemos decir que las almas valen la sangre de todo un Dios. Lo que más

1) Gen. 2, 7. — 2) Jer. 31, 3. — 3) Gen. 15, 1

conmovía á San Pablo y lo abrasaba de amor, era el pensamiento de que Jesús había querido morir, no solamente por todos los hombres en general, sino también por él en particular. *Él me ha amado*, decía enajenado, *Él me ha amado y se ha entregado Él mismo por mí.*¹⁾ Esta palabra puede repetirla cada uno de nosotros, porque San Juan Crisóstomo asegura que Dios *ama tanto á cada hombre en particular, como al mundo entero*. Así, la obligación de cada uno de nosotros para con Jesucristo, por haber sufrido por todos, no es menor que la que tendríamos si ese sufrimiento hubiera sido por uno solo. *Y ¿quién podrá jamás*, pregunta San Lorenzo Justiniano, *explicar el amor que tiene á cada uno de nosotros el Corazón de Jesús? Este amor excede al de un hijo por su madre, y al de una madre por su hijo*, llegando á tal punto, que, según una revelación hecha á Santa Brígida, *el Señor*

¹⁾ Gal 2, 20.

estaría pronto á morir tantas veces cuantas almas hay condenadas, si todavía fuera posible redimirlas. Hé ahí cómo ama Jesús á las almas. Juzgad por esto cuán profunda sería la aflicción que sintió en el Huerto de los Olivos, previendo el daño que los hombres escandalosos no cesarían de hacer hasta el fin del mundo, á tantas almas por las cuales iba Él á sacrificar su vida. San León no temía llamar *homicida* al que da escándalo, y es un homicida más cruel y más impío que cualquiera otro, puesto que arranca, no la vida del cuerpo, sino la del alma, que es infinitamente más preciosa que aquella; por lo cual hace perder al Salvador todas las lágrimas, todos los sufrimientos y todos los trabajos que ha experimentado por rescatarla. San Pablo dice también que el que con su mal ejemplo hace caer á sus *hermanos en el pecado, peca él también contra Jesucristo.*¹⁾ ¡Ay! exclamaba

¹⁾ I. Cor. 8, 12.

gimiendo San Ambrosio, *el que ocasiona la pérdida de un alma quita al Señor el fruto de treinta y tres años de penas y de fatigas.*

Hé aquí lo que ha hecho tan amarga la agonía de Jesús en el Huerto; hé aquí lo que le arrancó del Corazón esta dolorosa queja: *¿Qué provecho hay para Mi al derramar mi sangre.* puesto que los hombres, por sus escándalos, harán inútil mi pasión para ellos mismos y para los otros? En una palabra: lo que los verdugos hicieron sufrir al cuerpo sagrado del Salvador, crucificándolo, los escandalosos lo hacen sufrir al Sagrado Corazón, arrancándole almas que le eran más preciosas que su misma vida. Sí, dice San Bernardo, *el Señor sufre una persecución más cruel de parte de los escandalosos, que de parte de los que lo han crucificado.*

¡Ah! guardémonos de aumentar el número de esos asesinos de almas, de esos perseguidores impíos del Corazón de Jesús. Evitemos con cuidado

no sólo las malas acciones sino también, como lo quiere y dice San Pablo, *apartaos aún de toda apariencia de mal.*¹⁾ Desarrollando la misma doctrina, nos enseña el Apóstol en otro pasaje, que debemos algunas veces abstenernos de ciertas cosas permitidas, *por temor de que esto sirva de tropiezo á los flacos.*²⁾ Debemos guardarnos, igualmente, con mucho cuidado, de repetir ciertas máximas del mundo, tales como éstas: *No hay más que dejarse llevar; es necesario gozar de la vida presente; feliz el que tiene riquezas,* etc... ¿Qué escándalo cometería aquel que alabara al que hace el mal; por ejemplo, un hombre que se venga, uno que conserva una amistad peligrosa, que se dedica á lecturas frívolas y poco cristianas? Por fin, si en otro tiempo hemos tenido la desgracia de dar algún escándalo, debemos saber que hay obligación grave de reparar con buenos ejemplos el mal que hemos

1) I Thes. 5, 22. — 2) I Cor. 8, 9

hecho: ésa es una satisfacción que exige el desolado Corazón de Jesús.

Práctica.

Quiero, durante la Hora Santa, llorar con Jesucristo los escándalos que causan la ruina de tantas almas y buscar en mí mismo medios eficaces para remediarlos según la medida de mis fuerzas.

Afectos y súplicas.

¡Ah Jesús mío! yo mismo soy uno de esos desgraciados cuyos malos ejemplos han llenado de amargura vuestro Sagrado Corazón. Decidme, ¿cómo habéis podido sufrir tanto por mí, previendo ya las injurias que yo debía de haceros? Pero, ya que me habéis soportado hasta aquí, no cesando de querer mi salvación, dadme ahora un gran dolor de mis pecados, un dolor igual á mi ingratitud. Señor, detesto con toda mi alma los disgustos que os he ocasionado; si en lo pasado he despre-

ciado vuestra gracia, la estimo ahora más que todos los reinos de la tierra. Os amo con todo mi corazón ¡oh Dios digno de un amor infinito! y sólo deseo vivir para amaros; dadme más amor, recordadme siempre el que Vos me habéis tenido, para que mi corazón arda sin cesar por Vos, como el vuestro arde por mí. ¡Oh Corazón ardiente de María! abrasad de un santo amor mi pobre corazón.

ORACIÓN JACULATORIA. — Corazón de Jesús, encendido de amor á las almas, dadme la gracia de reparar el mal que he hecho.

Ejemplo.

«Para la reparación he nacido, y muero por ella.» Estas palabras son de la hermana María de San Pedro, y nos revelan su vida y su misión.

Su infancia fue angelical. El día de su primera comunión hizo á Je-

sucristo entrega eterna de su corazón y de todo su sér. Pocos años después el divino Maestro le dijo: « Te quiero en el Carmelo de Tours. » Su morada espiritual era el Sagrado Corazón de Jesús, sacando de este horno ardiente extraordinarias luces para ella y para otros Jesús le comunicó siempre los más íntimos secretos de su adorable Corazón. Desde el año 1843 Dios la concedió favores especialísimos y le anunció que su justicia estaba irritada á causa de los pecados de los hombres. Impulsada por la gracia, se ofreció á Dios para apaciguar su cólera; entonces Él le inspiró, como un poderoso medio de desenojarlo, la fundación de una asociación reparadora. Ella vió en el Sagrado Corazón de Jesús el deseo de ejercer su misericordia, poniendo sólo por condición la reparación de los ultrajes hechos á su divino Padre. Recibió vivas iucses acerca de la Faz adorable de Nuestro Señor, que debía ser el objeto

sensible de la reparación, como es el Corazón de Jesús el objeto material de su amor á los hombres. « Os daré mi Faz, le había dicho Jesús, y cuando la presentéis á mi Padre, una boca se abrirá para defender vuestra causa. » En seguida le hizo esta promesa: *Porque habéis honrado mi rostro cubierto de llagas por los pecadores, renovaré en vos, á la hora de vuestra muerte, la imagen de Dios, y todos los que contemplaren sobre la tierra las llagas de mi rostro, la verán un día radiante de gloria en el cielo.*

Un día, después de misa, corrió á arrojarle á los pies de su superiora, y le dijo: « Acaba de darme orden Nuestro Señor de decir y de hacer decir, lo más á menudo que pueda, la siguiente invocación, relativa al gran crimen de la blasfemia: *Para siempre sea alabado, bendecido, amado, adorado y glorificado el santísimo, el sacratísimo, el adorabilísimo, desconocido é indecible Nombre de*

Dios, en el cielo, sobre la tierra, en los infiernos, por todas las criaturas salidas de las manos de Dios, y por el Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.» Poco después la señorita Dubouchet tomó el nombre de madre María Teresa, y fundó en París la *Obra Reparadora*, con adoración de día y de noche del Santísimo Sacramento. La cuna de la nueva institución fue la capilla de las Carmelitas, calle de San Jacobo. En esta misma época algunos cristianos, animados de una fe viva, testigos de lo que se practicaba en la capilla de las Carmelitas, concibieron el pensamiento de reunirse, por su parte, para rendir homenaje á Nuestro Señor, durante la noche, en el sacramento de su amor. Así la obra reparadora engendró la *adoración nocturna*.

....

AGOSTO.

El Corazón de Jesús afligido á causa de la ingratitud del mundo.

Un día se vio á San Francisco de Asís que atravesaba los caminos y los bosques llorando y suspirando, y parecía inconsolable. Se le preguntó cuál era la causa de esa profunda aflicción y respondió: *¡Ah! cómo queréis que no llore, cuando veo que el Amor no es amado! ¡Veo que un Dios ama al hombre casi hasta la locura, y el hombre se muestra tan ingrato con ese Dios!...* Si esta ingratitud afligía tanto el corazón de San Francisco, figurémonos cuánto más debió de afligir al Corazón de Jesucristo en el Huerto de Gethsemaní. Él había venido del cielo para encender sobre la tierra el fuego del amor divino, y veía que el hombre correspondía tan mal á tantas pruebas de amor: y esta sola consideración era capaz de hacerlo morir mil veces de dolor.

Quando hacemos algún servicio á alguno de nuestros semejantes y él nos corresponde con la ingratitud, sentimos una pena más insoportable que cualquier sufrimiento corporal. ¡Qué dolor no ha debido pues sentir el Corazón tan tierno y tan amante de Jesús, viendo que en reconocimiento de sus beneficios y de su amor sólo recogería de nuestra parte ofensas é injurias, como lo había predicho David en estos términos: *Volviéronme mal por bien, y pagáronme con odio el amor que yo les tenía.*¹⁾ Esta profecía se cumplió en la pasión de nuestro Salvador. Pero aún hoy ¿no parece que se quejara de encontrarse *como un extraño entre los suyos,*²⁾ porque ve un gran número que viven sin amarle, como si jamás les hubiera hecho algún bien, como si nada hubiera sufrido por su amor? Pues bien: hasta los mismos animales, cuando les hacemos el menor bien, nos muestran su reconoci-

1) Ps. 108, 5. — 2) Ps. 68, 9

miento: vienen á nosotros, nos obedecen á su manera, y como pueden nos manifiestan su alegría cuando nos ven; ¡y nosotros somos tan ingratos para con Jesucristo! Decidme, ¿podía Él hacer más para merecer nuestro amor? Si hubiera tenido el Hijo de Dios que salvar de la muerte á su mismo Padre, ¿qué más habría podido hacer que humillarse hasta revestirse de carne humana y sacrificar su vida para rescatarle? Digamos más: si Jesucristo no hubiera sido más que un puro hombre, y no una persona divina, y hubiera querido, por una prueba de afecto, obtener el amor de Dios, ¿habría podido hacer más de lo que ha hecho por nosotros? Y si uno de nuestros servidores hubiera dado su sangre y su vida por amor nuestro, ¿no habría cautivado nuestro corazón? ¿No nos habría obligado á amarle, al menos por reconocimiento? ¿Por qué entonces Jesucristo, que ha dado hasta su vida por nosotros, no

ha podido aún conquistar nuestro amor?

¡Ah! lo que afligió tanto el Corazón de nuestro Redentor en el Huerto de los Olivos, no fue tanto la previsión de su pasión, cuanto la ingratitud con que debían los hombres corresponder á su amor. Esta ingratitud fue la que lo hizo sudar sangre y lo redujo á la agonía y lo llenó de tan gran tristeza, que ella sola bastaba, como lo declaró Él después, para hacerlo morir: *Mi alma está triste hasta la muerte*. Esta misma ingratitud lo había ya hecho llorar en el pesebre de Belén; ella también lo hizo morir en una desolación suprema y sin ningún consuelo sobre la cruz; y por último, ella misma lo hizo desear en estos últimos tiempos que se rindiera un culto especial de reparación y de amor á su Sagrado Corazón: *Hé aquí*, decía á la bienaventurada Margarita María, *hé aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres y que no*

recibe de la mayor parte sino ingratitudes.

¡Amemos pues á Nuestro Señor Jesucristo!... Pero, ¿cuáles son los medios de hacer nacer y aumentar en nosotros este amor? Desde luego debemos evitar toda falta, grave ó ligera; el Señor ha dicho: *Cualquiera que me ame, observará mi doctrina.*¹⁾ El primer signo del amor es el cuidado de hacer desaparecer todo lo que puede ofender al que se ama. ¿Cómo puede decir que ama á Dios de todo corazón el que no teme desagradarle, aunque sea ligeramente? *Libreme Dios*, decía Santa Teresa, *del menor pecado cometido con reflexión.*

En seguida es menester, para llegar á amar á Dios de todo su corazón, tener un gran deseo de amarle. Los deseos piadosos son alas que nos transportan al Corazón de Jesús. Por fin, es necesario tomar la resolución de llegar al perfecto amor de

¹⁾ Joan 14, 23.

Dios. Muchas almas desean entregarse á Dios, pero no pueden resolverse á buscar los medios necesarios para conseguirlo, y por eso no avanzan jamás ni un paso. Si queremos amar á Dios, pongamos luego manos á la obra: *Todo cuanto pudieres hacer de bueno, hazlo sin perder tiempo,*¹⁾ es decir, desprendámonos de las criaturas, amemos á Dios sin reserva y vamos á las fuentes de amor, que son la meditación, la comunión y la oración.

¡Ah! ¡cuánto consuela al Corazón de Jesus, y cuán tiernamente es amada el alma que se entrega enteramente á Él; que sólo procura en todo agradarle y que mil veces preferiría morir antes que ofenderle! Pidamos continuamente al Corazón de Jesús la gracia de amarle; pidámoslo también al Corazón de María; esta divina Madre es la dispensadora de todas las gracias, y la que dispensa con más agrado es la gracia del don del amor divino.

¹⁾ *Eccli.* 9, 10.

Práctica.

Contemplaré siempre, sobre todo cuando haga la Hora Santa, á Jesucristo llorando nuestras ingratitudes; las lloraré con Él y le prometeré para lo sucesivo un amor fiel y reconocido.

Afectos y súplicas.

¡Ah Señor! cuando llorabais por la ingratitud de los hombres, llorabais también por la mía y por la pérdida de mi alma. Amable Redentor mío, Vos lloráis por el mal que yo mismo me he hecho, desterrándoos de mi corazón y forzándoos á condenarme al infierno, después que habéis muerto por salvarme. ¡Ah! dejadme llorar; yo solo debo llorar, yo que os he hecho la injuria de volveros la espalda y de separarme de Vos, después que me habéis amado tanto. Padre eterno, por las lágrimas que vuestro divino Hijo derramó entonces por mí, dadme un

vivo dolor de mis pecados. Y Vos ¡oh tierno y afectuoso Corazón de mi Jesús! tened piedad de mí; detesto con toda mi alma los disgustos que os he ocasionado y tomo la resolución de amaros solamente á Vos.

Ejemplo.

Los sufrimientos nos proporcionan un alto grado de gloria; hé ahí por qué son la herencia de las almas más queridas de Dios. Santa Liduvina nos suministra á este respecto un brillante ejemplo.

Desde la edad de doce años se privó de toda salida de su casa sin sus padres y toda conversación con los jóvenes, de temor que el fuego del deleite se encendiera en su seno y alterara la blancura de su inocencia virginal. Dotada de las más bellas prendas del cuerpo, del espíritu y del corazón, siendo muy joven, fue pedida en matrimonio por personas de las más nobles familias. Como un día su padre la apremiara

á este respecto, ella le dijo: «Estimo demasiado mi virginidad para sacrificarla á un esposo mortal: al Rey de los reyes quiero unirme.» La madre, participando de la opinión de su hija, dijo á su esposo: «Puesto que es nuestra hija única, dejemosla para el Dios único.» Animada con esta palabra de su madre, Liduvina replicó: «Si se quiere obligarme al matrimonio, obtendré de Jesús alguna deformidad tan repelente, que ningún hombre me quiera.» Muy luego, en efecto, á consecuencia de una caída, se hizo una llaga que ningún remedio pudo curar. La gangrena se desarrolló y la putrefacción hizo nacer gusanos, que en poco tiempo le devoraron las entrañas. Cada uno de sus miembros tenía un tormento particular. Sufrió este martirio abandonada de todo el mundo, durante treinta y ocho años. Sólo Jesucristo fue su consuelo. Decía tiernamente á su santo ángel: «¡Oh hermano mío,

decid á mi Esposo que desfallezco de amor! ¡Oh! si pudiera atraer á mí á este amadísimo, lo haría pasar al fondo de mi corazón, ó más bien entraría en el suyo, y me sumergiría enteramente en él.» Noche y día, en sus dolores, no hacía sino bendecir la voluntad de Dios con la paciencia de Job. Un día se le apareció Jesús con la cabeza coronada de espinas, las manos y los pies traspasados y el corazón abierto. Se mostró también á ella bajo la forma de una hostia, en medio de la cual se veía un niño crucificado cuyas heridas de las manos, de los pies y del corazón parecían brotar sangre, prodigio del cual la familia de la Santa fue testigo. Muchas veces, para consolarla, Jesús estrechó á su esposa sobre su divino Corazón y le dió á besar sus sagradas llagas. Convirtió una multitud de pecadores, hablando de las misericordias del Corazón de Jesús. Una vez, entre otros, vino un príncipe desde un país

lejano, para consultarla sobre cierta dificultad de conciencia. Notando la Santa que no se atrevía él á declararla, se la descubrió ella misma y no omitió medio alguno para hacer nacer en su alma un saludable arrepentimiento. Oyéndola el príncipe, prorrumpió en llanto. «Lloráis, le dijo ella, por las menores ofensas que habéis hecho á Dios; y sin embargo tenéis otras mucho más graves que llorar;» y á este respecto le descubrió sus más grandes pecados, le sugirió los medios de descargarse de ellos y concluyó por decirle: «Continuad, príncipe, en el camino en que acabáis de entrar, confesaos con sinceridad y vivid en adelante en la penitencia. Por este medio conoceréis el Corazón del divino Maestro.»

Á la noche siguiente de la muerte de Santa Liduvina dos almas santas tuvieron la misma visión: vieron al divino Salvador recibiendo á su esposa en medio de ciertos celes-

tiales y estrechándola con amor sobre su divino Corazón. Así es como la tristeza se cambia en alegría y el dolor en gloria. ¡Oh! ¡qué hermoso es sufrir cuando se ama! exclamaba San Alfonso. (*Vida*, por el P. Bruchman.)

....

SETIEMBRE.

El Corazón de Jesús afligido á causa de la tibieza de las almas justas.

Sería un error el pensar que todas las almas en estado de gracia son un motivo de consuelo para el Corazón afligido de Jesús. ¡Ah! no es así. Hay almas que, aunque favorecidas de Dios, viven en la tibieza, y son por eso espinas que desgarran al divino Corazón. Jesús las ama, no con ese amor general que como Creador tiene á todo lo que existe, sino con un amor especial; ellas son, por su parte, el objeto de una verdadera *amistad*. Pues bien: esta mis-

ma amistad es la medida de la pena que Él siente por el estado de ellas. Prevé, en efecto, que por consecuencia de esa tibieza, caerán insensiblemente en el pecado mortal, que harán entonces pocos esfuerzos para salir de él, y por consiguiente se perderán.

Es tibia un alma cuando comete con frecuencia el pecado venial á sabiendas y no busca los medios de corregirse de él. ¡Oh! ¡qué peligro corre un alma á quien Dios ha prevenido con sus gracias y que sin embargo deliberadamente comete muchas faltas ligeras y sin inquietarse por nada, diciendo: *¡Basta con que me salve!* Todos estos pequeños arroyos formarán un río que la arrastrará desgraciadamente al abismo. El Señor reprochaba al obispo de Laodicea que no era *ni ardiente ni frío*.¹⁾ Tal es el estado de un alma tibia: ella no se atreve á volver enteramente la espalda á Dios; sin

¹⁾ *Apoc.* 3, 15.

embargo, no se inquieta por las ofensas ligeras que le hace y que multiplica diariamente, como impaciencias, mentiras, murmuraciones, gula, imprecaciones, aversiones concentradas en el corazón y apego á las criaturas, de las cuales no se toma el trabajo de corregirse. *Ojalá fueras frío ó ardiente; pero, por cuanto eres tibio, y no frío ni ardiente, estoy para vomitarte de mi boca.* Es decir, mejor sería que estuviéseis enteramente privado de la gracia, porque así tendríais más esperanza de enmienda: pero, permaneciendo en vuestra tibieza, estáis más expuesto á condenaros, porque de ese estado caeréis fácilmente en pecado mortal, con poca esperanza de levantaros. Fijaos bien en estas palabras: *Porque sois tibio, estoy pronto á vomitaros.* ¡Ah! ¡cuánto debe oprimir al Corazón de Jesús un alma semejante! Se pasa fácilmente una bebida cuando es fría ó caliente; pero no cuando es tibia, porque produce náuseas. Por

esto un alma tibia está expuesta á ser vomitada del Corazón de Dios, á ser abandonada y privada de su gracia; esto está bien explicado por el vómito, porque ¿quién no tiene horror á lo que se ha vomitado?

El mayor signo de tibieza es el disgusto voluntario y habitual de la oración. Cuando un jardín es regado constantemente con una agua fecundizadora ¡oh! ¡cuán frescas y llenas de vida parecen siempre las flores y las plantas! Lo mismo es un alma que ama la oración: se la ve crecer sin cesar en buenos deseos y en frutos de virtud. ¿De dónde le vienen esos progresos? De la oración, que regándola continuamente con sus saludables y fecundas aguas, hace de ella un jardín de delicias. Pero suprimid esta feliz fuente; al punto las flores caen, las plantas se secan y todo desaparece: ¿por qué? porque la fuente de vida se ha secado. Veréis á tal persona, mientras ella ama la oración, es un modelo de modestia,

de humildad, de devoción y de mortificación; abandona la oración, y luego su falta de modestia se manifestará en sus miradas, su orgullo se descubrirá en la menor palabra que la hiera; dejará de frecuentar los sacramentos y de ir á menudo á misa; no pensará más en mortificarse; por el contrario, la veréis gustar de las vanidades y de las sociedades mundanas, de las diversiones y de los placeres del siglo; y ¿por qué? ¡Ah! porque el agua ya no la riega y la vida le falta; ha dejado la oración; el jardín se ha secado, y el mal empeora de día en día. *Desde que un alma abandona la oración, dice San Juan Crisóstomo, la miro no solamente como enferma sino como muerta.*

La hermana María Buenaventura, religiosa de Roma, llevaba esta vida de tibieza; sin embargo, tuvo la felicidad de salir de ella por medio de la meditación, la resolución y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Un día que asistía á los ejercicios espirituales dados por el Padre Lancisio, se sintió de tal modo tocada por la gracia, desde la primera meditación, que, anegada en llanto, fue á encerrarse en su cuarto, y allí, á los pies del crucifijo, escribió el acto siguiente: «Yo, María Buenaventura, en este día en que empiezan los ejercicios espirituales, me ofrezco toda á Vos ¡oh Dios mío! y prometo amaros á Vos solo, Jesús mío. Aceptad ¡oh mi dulce Redentor! este escrito bañado con mis lágrimas; os lo consagro como una prenda de mi amor, y lo deposito en la llaga de vuestro costado, sobre vuestro Corazón, para que, por los méritos de vuestra sangre, me perdonéis mis pecados y me confirméis de tal modo en vuestro amor, que no me pertenezca más, y que sea vuestra y toda vuestra.» Se santificó en poco tiempo, y aún se dice que después de su muerte hubo señales manifiestas de la gloria de que gozaba

Práctica.

Si estoy en estado de tibieza, quiero, para salir de él, meditar seriamente en las verdades eternas, tomar una resolución firme y decidida, y consagrarme al divino Corazón de Jesús. Si no tengo esta desgracia, rogaré por las almas tibias.

Afectos y súplicas.

¡Oh Dios mío! Vos me habéis prodigado vuestros beneficios, profiriéndome á otros, y yo os he prodigado ofensas. ¡Oh Corazón doliente de mi Redentor, que en el Huerto de los Olivos estuvisteis tan afligido y tan atormentado á vista de mis pecados! concededme por vuestros méritos un verdadero conocimiento y un vivo dolor de mis faltas. ¡Ah Jesús mío! estoy lleno de vicios; pero Vos que sois todopoderoso, podéis llenarme de vuestro amor; pongo pues en vuestra bondad y misericordia infinitas toda mi confianza. ¡Oh bien

supremo! me arrepiento de haberos ofendido; ojalá hubiera muerto antes del desgraciado día en que cometí mi primer pecado. ¡Ah! desde hoy tomo la resolución de amaros con todo mi corazón y de no amar sino á Vos solo. ¡Oh bondad infinita! os adoro por todos los que no os adoran, os amo por todos los que no os aman. Creo en Vos, os amo y me ofrezco todo á Vos. Asistidme con vuestra gracia. Soy débil, lo sabéis; pero, si me habéis prodigado tantos favores cuando no os amaba, ¿qué no debo esperar de vuestra misericordia ahora que os amo y que deseo amaros siempre? Dulce Corazón de Jesús, dadme vuestro amor, pero un amor ferviente, que me haga olvidar á todas las criaturas, un amor fuerte, que me haga vencer todas las dificultades para agradaros, un amor constante, que me una á Vos con lazos indisolubles. ¡Oh María, Madre del amor hermoso, obtenedme la gracia de ser de Jesús sin reserva.

ORACIÓN JACULATORIA. — Hermosas llamas de amor que salís del Corazón de Jesús, consumid en mí todos los afectos desordenados.

Ejemplo.

La naturaleza de los Santos no es diferente de la nuestra. Nada lo prueba mejor que las faltas y las imperfecciones que ellos han tenido que deplorar. La bienaventurada María de los Ángeles, flor perfumada del Carmelo, nos lo prueba una vez más. Ella misma refiere que en su juventud se había entregado á la vanidad, á las diversiones, al baile, á los juegos y á las conversaciones. «Gustaba mucho, dice ella, de los adornos vanos y afectados; pasaba largas horas ante el espejo y me sucedía con frecuencia que me fastidiaba por no encontrarme tan hermosa como lo deseaba.» También nos dice, que su corazón experimentaba envidia cuando veía á las compañeras de su edad mejor vestidas

que ella; que las alabanzas le eran agradables y que experimentaba felicidad en ser buscada y amada. Un día, colocado delante de un espejo, se preparaba para adornar su cabellera; de repente se detiene sobrecogida de espanto. No fue su cabeza la que vio en el espejo, sino la cabeza triste, sangrienta, coronada de espinas, del Salvador. Desde ese momento la victoria de la gracia fue completa. Desde que se hizo carmelita, sólo quiso vivir para amar á Jesús. Pensamientos, palabras, acciones, todo era en ella inspirado por el amor divino. «Vengo del amor, decía, y voy al amor, y todo lo hago por amor.» Sus deseos de sufrir eran tan ardientes, que exclamaba: «¡Dadme sufrimientos, ó dadme la muerte! porque me es muy amarga la vida cuando no sufro.» Un día que tuvo que quedarse en su celda á causa de vivísimos dolores, considerándose muy miserable para que el Rey del cielo fuera á visitarla, María de los

Ángeles se había resignado á privarse de la comunión. Pues bien: en el momento mismo en que comulgaban sus hermanas, se le apareció Jesús todo radiante de luz, y le dijo que, puesto que ella se mantenía lejos de Él por respeto, Él venía á ella por amor, y que la quería toda suya como Él era todo de ella: en seguida la estrechó contra su divino Corazón y la embriagó de una alegría desconocida en la tierra. En su última enfermedad decía: «Mi vida ha sido abreviada con la satisfacción de la obediencia; he pedido con tanta instancia esta gracia al Corazón de Jesús, que me le ha concedido: ¡tan bueno es!» Como le suplicara una de sus hermanas que no pidiera más sufrimientos en vista de que sufría tanto: «¡Sufrir! ¡sufrir! replicó la enferma; ¡oh hija mía! si conocieras el tesoro escondido que encierra el sufrimiento!» Se durmió en el ósculo del divino Esposo hacia fines de 1717, á la edad de cincuenta y siete años.

OCTUBRE.

El Corazón afligido de Jesús, asilo de las almas tentadas

A qué combates interiores no quiso someterse el Corazón de Jesús en el Huerto de los Olivos? Por una parte, una viva repugnancia por su pasión le hacía decir: *¡Alejese de Mí este amargo cáliz!* Por otra, una perfecta sumisión á la voluntad de su Padre, le hacía agregar al punto: *No obstante, Padre mío, hágase vuestra voluntad y no la mía!*¹⁾ En esta ocasión quiso Jesucristo manifestarnos que había realmente tomado sobre Sí las miserias de nuestra humanidad; pero al mismo tiempo nos ha merecido una fuerza que excede á nuestra debilidad; porque, *habiendo sido Él mismo tentado*, dice San Pablo, *puede socorrer á los que son tentados.*²⁾ Y ¿cómo es eso? Es que después de haber nuestro Salvador expe-

1) Matth. 26, 39. — 2) Heb. 2, 18.